

AYER Y HOY

Hierographia victoriensis o el estudio de la situación religiosa de la diócesis vascongada en el Seminario de Vitoria ()*

ALUDIENDO a los estudios de morfología cultural que organizáramos en el Seminario de Vitoria allá por los años de 1920 a 1921, he dicho en un trabajo reciente (prólogo al vol. XV del *Anuario de Eusko-Folklore*) las siguientes palabras: «Hoy, como ayer, la fórmula que nos guía es aquel antiguo aforismo: *Nosce te ipsum*, concéte a tí mismo. Porque en Etnología, como en cualquier otra ciencia humana, es norma elemental de método empezar por lo más asequible, por lo que nos es más cercano. Lo que hayamos inscrito no será adecuadamente inteligible, si no lo hemos vivido. Esto nos impulsa a estudiar primero nuestro pueblo y las raíces y elementos del ambiente en que vivimos.

Mi propósito, al iniciar en el Seminario aquellas labores, era ante todo investigar la vida religiosa de la diócesis de Vitoria, lo que, en efecto, se hizo patente en los cuatro primeros volúmenes de nuestro *Anuario*. Antes había publicado, entre las memorias de la «Asociación Española para el Progreso de las Ciencias», un estudio sobre las concepciones mágicas en el pueblo vasco que me puso en relación con el P. Guillermo Schmidt, Director de la revista *Anthropos*, uno de los más eminentes etnólogos de nuestro tiempo. Invitado a participar en la «Semana Internacional de Etnología Religiosa», explicando en ella una lección sobre la religión de los antiguos vascos, fuí a Tilburg (Holanda), donde pude tratar con aquel sabio maestro acerca de nuestros proyectos. Posteriormente hablé con él sobre el mismo tema en otras cuatro asambleas similares de Oxford, Londres, Bruselas y París. Ateniéndonos a sus

(*) Notas redactadas a invitación del director de la revista SURCE.

consejos y con la autorización de nuestro Obispo, formamos en el Seminario un grupo de investigadores con dos profesores y varios alumnos. Así empezó a funcionar nuestro Laboratorio de Etnología.

No era sólo la vida religiosa el objeto de nuestras investigaciones; porque sabíamos que los comportamientos religiosos no son realidades aislables de su contexto humano total (*Anuario I*, pág. 11). Además, en una unidad o tipo de civilización, cada elemento—rito, costumbre, creencia, técnica—es simplemente una expresión parcial de concepciones más complejas sin las cuales no tendría sentido alguno. Nuestra labor no podía limitarse, por lo tanto, a describir la religión o su aspecto social, ni a estudiar tan sólo las influencias recíprocas de la religión y de diversas formas sociales (Sociología religiosa). No podíamos partir del postulado, caro a muchos etnógrafos y sociólogos de entonces y de hoy, según el cual la religión nace de circunstancias sociales. La creencia en Dios y el culto religioso no son productos de la vida colectiva, si bien nosotros los hemos recibido de la sociedad. ¿No es precisamente en la caducidad de lo social y en lo limitado que es el hombre donde nuestro espíritu se apoya para reconocer nuestra esencial dependencia de un Ser Supremo, anterior al hombre y a la sociedad? Con todo, no podíamos minimizar la influencia de los factores sociales en la actitud del hombre ante la religión (*Anuario IV*, págs. 164-171). La misma vida económica tiene aquí una gran importancia que muchos exageran, sin embargo, al decir que, respondiendo a necesidades de orden económico, acudió el hombre a las fuerzas cósmicas en súplica de colaboración en su difícil tarea del vivir cotidiano y que ésta fué la primera actitud religiosa en el mundo. Aunque en estas palabras no podíamos entonces reconocer más realidad que la fonética, era indudable que en amplios sectores de nuestra población obrera lograban audiencia numerosa.

Ya en aquel tiempo empezábamos también a notar cambios profundos en nuestros medios rurales, debidos al predominio de ciertos factores que antes apenas ejercían influencia apreciable. «Hace cuarenta años—decíamos entonces—la tradición se imponía a los espíritus; hoy, al contrario, se va sintiendo la preponderancia de lo moderno y del ambiente externo, fenómeno que por sí revela un profundo cambio de orientación en la cultura» (*ibid.*, pág. 174). Lo tradicional llevaba camino de desaparecer y el hombre se iba alienando progresivamente, al perder los viejos modos de vida y su vehículo, la lengua popular. Antes la mayor parte de nuestra población estaba formada por familias labradoras, por pastores, por pescadores, por artesanos rurales. Su existencia dependía directamente de los agentes naturales—atmosféricos, telúricos y astrofísicos—a los que tradicionalmente venía vinculada la idea de un Agente o Ser Supremo. Para resolver muchos problemas recurríase espontáneamente a Dios. Ahora, en cambio, al calor del maquinismo y de la técnica industrial, nacia una nueva civilización de hombres desarraigados de toda influencia

tradicional e incorporados a un medio creado al margen de toda religión (*ibid.*, págs. 201 y 202). Estos se movían en *ambiente meramente humano y artificial* en contraste con los antiguos que vivían en *ambiente natural*. Ahora, en los conflictos y en los problemas de la vida, ya no se recurría a Dios, sino tan sólo a la técnica o al sindicato, a las autoridades, al patrono o al partido. Para el hombre nuevo el universo se encogía, se concentraba y se reducía a la máquina y a la sociedad. El resto del mundo, el mundo natural, se desvanecía tras la máquina. Las «masas», acostumbradas a concentrar su interés en una balumba creciente de factores económicos, a no ver otro mundo, ofrecían resistencia a cualquier intento de distraer su atención de lo que empezaban a considerar como su único horizonte. Y esta situación ha ido después tomando proporciones cada día mayores.

Como aglutinante de los nuevos modos de vida se formaba un ideal en contradicción con las doctrinas tradicionales. Ideario, cuya solución al problema fundamental del destino humano no rebasaba los horizontes terrestres; en el que las realidades espirituales eran tenidas como subproductos de una organización económica pasada de moda; que hacía del derecho una técnica de la fuerza y para el cual la palabra no tenía sentido ni eficacia, si no llevaba la amenaza de una acción.

Tales rasgos de nuestro ambiente nos obligaban a formular unos cuestionarios que abarcaran diversos factores y aspectos de la vida popular: condiciones geográficas, establecimientos humanos, modos de vida, creencias y prácticas religiosas, comportamientos individuales y colectivos.

Tras el conocimiento del lado cualitativo de los hechos investigados, cuyo centro de perspectiva era la vida religiosa, venían las evaluaciones estadísticas (*Anuario IV*, pág. 162), único modo de aproximarse a una exacta comprensión de material estudiado y al descubrimiento de correlaciones entre los fenómenos observados. Esto respondía a las exigencias de nuestro cuestionario general publicado más tarde (*Anuario XIV*), en el que las preguntas comprendidas entre los números 124 y 171 tenían por objeto la práctica y las actitudes religiosas. «Indíquense datos estadísticos y su proceso en lo que llevamos del siglo» decíamos allí, y seguían las preguntas relativas a temas de religión, a fin de inquirir en cada localidad el porcentaje de los individuos *separados*, de los *conformistas*, de los *observantes irregulares*, de los *observantes regulares* y de los *devotos*, de acuerdo con la clasificación del profesor de la Sorbona M. Gabriel Le Bras, principal promotor de la Sociología religiosa en Francia.

Programa complejo, que requería mucha preparación en los colaboradores. Estos celebraban una reunión semanal, en la que estudiaban los temas de las encuestas proyectadas. Después, durante las vacaciones, efectuaban las investigaciones, cuyo resultado era publicado luego en los *Anuarios de Eusko-Folklore*.

Aquella obra, cuyos resultados y orientación científica fueron calurosamente elogiados en *Mercure de France* por el eminente etnógrafo francés Arnold van Gennep y en *Volkskundliche Bibliographie* de Basilea por el sabio E. Hoffmann - Kraye y que, en el libro *Folklore y Costumbres de España* (tom. I, pág. 162), fué calificada como «la más importante representación de la labor colectiva en la materia que podemos ofrecer en España», adolecía sin duda de muchos defectos. Con los datos recogidos en materia religiosa y con las evaluaciones estadísticas no llegábamos a demostrar muchas veces otra cosa que la fuerza de la rutina y la cuantía de la adhesión del pueblo a las personas e instituciones eclesiásticas (1), quedando fuera de nuestro alcance la fe y la presencia de Cristo en las almas, primera y única realidad de una vida auténticamente cristiana. Sin embargo, los datos así recogidos y los materiales recopilados han servido de base a cuantos especialistas han estudiado después tales temas en nuestro país (2).

Aquel esfuerzo tendía, además, a que los seminaristas no se contentaran con aprender la realidad sólo a través de un simple equivalente mental, muchas veces hipotético, lo que, en el mejor de los casos, conduce a hacer de la llave una ganzúa. Habituéndose a manejar, como material de sus conocimientos y estudios, no sólo las representaciones de las cosas que el libro o el profesor les sugiriera, sino también las cosas mismas y los propios hechos reales, podían lograr mejor el dominio del ambiente social y capacitarse para trabajar últimamente en sus futuros ministerios.

Con todo, el modesto Laboratorio de Etnología, que logró tener más de un centenar de correspondientes en todos los ámbitos del país y que mantenía intercambio de publicaciones con sociedades etnográficas y de historia de las religiones de más renombre en el mundo trabajó tan sólo durante cuatro años en el Seminario, teniendo que ser trasplantado después a otra institución benemérita, mas no eclesiástica, en cuyo seno continuó su labor con otros colaboradores durante once años.

(1) Un estudio de las diversiones populares de Guipúzcoa en el año 1925, nos condujo a establecer las áreas de cada tipo de baile. La del baile suelto, tradicional en el país, comprendía las siguientes localidades: Oyarzun, Ibarra, Gaztelu, Oreja, Lizarza, Urquizu, Albistur, Sorabilla, Aduna, Vidania, Régil, Goyaz, Ernialde, Alquiza, Larraul, Aldaba, Alegria, Icazteguieta, Beizama, Amasa, Isasondo, Arama, Alzaga, Gainza, Baliarráin, Abaleisqueta, Orendain, Legorreta, Zaldivia, Lazcano, Atáun, Segura, Ceráin, Azpeitia, Azcoitia y Escoriaza.

(2) Un ilustre catedrático de Barcelona, Dr. Luis Pericot, en conferencia que dió recientemente en Vitoria, aludiendo a la segunda parte del volumen XI de nuestros *Anuarios de Eusko-Folklore*, dijo lo siguiente: «Precisamente en este Seminario (de Vitoria) vió la luz una obra que quizá sea la mejor reconstrucción de la vida del hombre primitivo que se haya escrito en español y en otros idiomas» (*Pensamiento Alavés*, 20 Marzo 1956).

* * *

Más tarde conseguimos que reapareciese en el Seminario, bajo otro signo, el movimiento que antaño había logrado dar forma a los estudios de hierografía o etnografía religiosa de nuestra diócesis. Así, en las clases de Prehistoria y de Historia de las religiones comparadas, una de las tareas de los alumnos era la investigación de un tema etnográfico o simplemente religioso que cada uno tenía que efectuar en su pueblo durante las vacaciones conforme a un cuestionario que se les distribuía al principio del curso.

El mismo movimiento cristalizó en los *Laboratorios Gymnasium*, cuya dirección me había sido encomendada. A fines de 1926 reunimos a varios alumnos de Teología. Sometidos a un examen de orientación, fueron distribuidos en secciones conforme al resultado de la prueba. Lo mismo se hizo en los años siguientes al principio de cada curso académico. Las secciones eran: Filosofía, Etnología, Sociología y Psicología colectiva con sus correspondientes ficheros. Cada alumno efectuaba investigaciones relativas a un tema de su lección y redactaba una memoria con el material recogido, resumiendo al fin el resultado de sus trabajos en unas cuartillas. Este resumen era publicado en la revista *Gymnasium*, mientras que algunas de las memorias salían a luz en los *Anuarios de Eusko-Folklore*.

Este plan que desarrollaban, en forma muy modesta, nuestros laboratorios o seminarios de investigación, era análogo al del estudio de la Etnología y de la Psicología colectiva de los pueblos paganos en una escuela de misioneros, y su propósito era conocer el alma de la población diocesana. Ello formaba, además, parte del cuadro de estudios que, conforme a la Constitución Apostólica «*Deus scientiarum Dominus*» de Pío XI, se trataba de implantar en el Seminario. Pero a fines del año 1932 hubo que abandonar también esta forma de trabajo.

* * *

Al año siguiente el Montepío Diocesano del Clero de Vitoria me encargó que trazara el plan de una revista que se llamaría *Idearium*. Lo hice con menos suerte pero en los mismos términos en que más tarde condensé mis ideas sobre lo que tenía que ser IKVSKA o boletín del *Institut de Recherches Scientifiques*. La nueva publicación sería el órgano en el que debían ser registrados los hechos de la vida cívica, intelectual y religiosa de los pueblos y parroquias de la Diócesis y en el que se daría cuenta de los trabajos más importantes que, en el dominio de la ciencia religiosa y en el del conocimiento de los grupos humanos y de sus cul-

turas, se estaban efectuando en el mundo (1). Mi plan fué aprobado con hartas rebajas y enmiendas, y luego empedé a publicar la revista. Esta, que no resultó totalmente informativa, según eran mis deseos, organizó en diversas parroquias investigaciones encaminadas a describir la situación religiosa de nuestro pueblo, publicando antes un cuestionario en su segunda entrega (Mayo-Junio de 1934). Así recogió en sus páginas el resultado de diversas encuestas realizadas en Atáun, en Zumárraga, en Ullíbarri-Arana, en Cigoitia, en Yurre, en el valle de Barrundia, en Eibar, en Marquina, en Irún y en la zona minera de Vizcaya con datos estadísticos, además del noticiario extractado de la recopilación o registro de las ideas y tópicos que a la sazón movilizaba y propagaba la prensa periódica de nuestra diócesis.

Aquella empresa se malogró también, como las anteriores, y la vida de *Idearium* no duró dos años.

También tuvo vida efímera el sistema de encuestas que organizó por entonces don Eduardo de Escarzaga, rector del Seminario. Pudo tener mejor suerte que los precedentes; mas fué interrumpido por la guerra.

* * *

Después yo trabajé en otras latitudes, donde continué desarrollando mi programa conforme, más o menos, al ideal que un día tomé como norte de mi vida, según la pauta que me señalara el Obispo que me ordenó. Pero aislado de mi diócesis por azares de la vida durante casi veinte años, no me fué posible conocer lo que se hacía aquí en cuanto a investigación sistemática del estado y de las vicisitudes de la religión en nuestros pueblos. Ahora veo con placer cómo surgen acá y allá planes de estudio de la práctica religiosa, ya que no de todo el contexto social y geográfico en el que aquélla se desenvuelve. Y, en consecuencia, se realizan repetidos ensayos. Es que la práctica cultural y sacramental constituye un valioso índice de religiosidad. No hay que olvidar, sin embargo, que tales comportamientos son signos externos, manifestaciones superficiales y rutinarias muchas veces. Por lo mismo sus indicaciones no siempre son seguras. Todos fluctuamos en la onda que se propaga en la superficie; pero el fondo, menos accesible, guarda el secreto. Por eso hay que averiguar en cada caso hasta qué punto la conducta externa y, con más razón, las grandes manifestaciones religiosas se hallan respaldadas por una real potencia espiritual. La tarea es tan ardua como ur-

(1) En los mismos términos—salvadas las proporciones—formulé mi opinión sobre el proyecto de una revista general de las ciencias del hombre en el año 1949 a invitación del «Consejo Internacional de Filosofía y de las Ciencias Humanas» (de la UNESCO).

gente. En el pueblo vasco, situado en una encrucijada de civilizaciones, van formándose grandes núcleos de población donde dominan la técnica, la máquina y un ideario indiferente o materialista en contraste y en conflicto con los hábitos intelectuales, religiosos y morales de tipo tradicional que fueron elaborados durante siglos en función de un mundo conceptual ya, en parte, desaparecido. Esto crea diversos problemas a la acción de apostolado del clero.

Para precisar el conocimiento de esta situación es necesario provocar y organizar encuestas y estadísticas y repetirlas periódicamente. La eficacia de tal empresa estará garantizada, si los encargados de la tarea, además de conocer la ciencia de la religión, poseen sólida formación en las ciencias humanas y conocen los problemas actuales y las técnicas y los métodos para abordarlos.

José Miguel de BARANDIARAN.

Atáun, 20 de Marzo de 1956.

CONCURSO DE SOCIOLOGIA RELIGIOSA

SURGE, con el fin de fomentar los trabajos de Sociología religiosa, organiza un concurso para premiar el mejor estudio sociológico-religioso acerca de una región, provincia, arciprestazgo o comarca.

En el próximo número publicaremos las bases de este concurso. Pero podemos adelantar que habrá un PREMIO DE DIEZ MIL PESETAS.

El plazo de admisión de los trabajos será, al menos, de unos seis meses.